

errada secta, á sus dioses dieron gracias; y tomando sus niños, y los mas ancianos algunas bestias de poco valor que allí se hallaron, salieron tras la doncella, siguiendo el camino que les era señalado.

Mas dejémosla con su compañía, porque la historia cuenta lo que en este medio tiempo aconteció.

CAPITULO CX.

De la graciosa y cruda pelea
Que ambas las magas á manos hacian,
Donde las niñas por armas suplian,
Cuando Medea topó con Medea;
Y aunque la una sus artes rodea,
Recibe con ellas rabiosos dolores,
Y cesan sus artes con artes mayores,
Hasta que llega la espada circea.

Así fué, que hablando Esplandian con Urganda en cosas de placer, le hizo memoria de la mujer que á la boca de la cueva vieron, diciéndole su extraña figura, y cómo toda era cubierta de vello y de sus cabellos, que, segun le habia dicho Belleriz, pasaba de ciento y veinte años, de que eran grandes testigos su muy viejo rostro y las ñudosas manos, que lo uno y lo otro era ya convertido en semejanza de raíces de árboles. «¡Santa María! dijo Urganda, ¡qué gran tiempo há que me dijeron desta mujer, de quien yo muy gran deseo siempre he tenido de la ver! Ya os habrán dicho cómo esta fué infanta muy hermosa, y se llama Melia, y fué tan entendida en el arte de las estrellas, que por ellas alcanzó á saber muy grandes cosas; y despreciando el mundo, se quiso poner en aquella cueva. Y como yo haya tenido la memoria en otras ocupaciones, y me hallase muy léjos desta tierra, no pudo venir en efeto mi deseo de la poder hablar.» Esplandian, que gran voluntad tenia si por alguna manera tan extraña mujer cobrar se pudiese, díjole: «Mi señora, si á vos place, todos aguardaremos para que la veais, que muy cerca de aquí se hallará; que en esto por razon no se aventura ningun peligro.—Por cierto, mi señor, aunque se aventurase, tengo por bien que así se haga.»

Pues armándose todos aquellos caballeros, que serian de los escogidos mas de sesenta, con otros algunos de sus servidores, que por ser la guerra con infieles los tenían proveidos de armas, tomaron á Urganda consigo, y á poco rato llegaron donde la cueva era, á la boca de la cual estaba asentada aquella infanta Melia. Urganda les dijo: «Quedad vosotros, y yo me llegaré á la hablar;» y pasando adelante, siendo tan cerca que oírta podía, dijo: «Infanta, ¿querrás hablar conmigo, pues que así como tú yo soy mujer?—¿Quién eres? dijo ella.—Soy Urganda la Desconocida, que gran tiempo há que te deseaba ver.—¿Tú eres, dijo ella, la que en gran sabiduría á todos los que en el mundo son precedes y sobras? Cierto, pues aun yo no estaba de menos voluntad de te conocer; y si por bien lo tuvieses, descabalgá del palafren, y siéntate aquí conmigo; que, como quiera que tú hayas sido la guíadora de venir aquellos caballeros á esta tierra, donde tanto mal cada dia hacen, conociendo la obligación que á acrecentar tu ley tienes, sufriré la pasión que dello se me ha seguido.» Urganda, que tan vieja la vió y tan flaca, creyendo que por alguna manera la podría detener

hasta que los caballeros la tomasen, apeóse y fué para ella. Como la Infanta así la vió venir, púsose á la boca de la cueva, y dijo: «Urganda, no querría que por tí algun engaño me viniese; que veo aquellos caballeros tan cerca, que con poco embarazo que me pusieses, me podrian tomar; por eso, si hablarme quieres, llégate á mí.» Urganda, como tan vieja y tan flaca la vido, bien pensó que á dó quiera que le pudiese echar la mano la podría sacar afuera; pero no se hizo como pensaba; que desde la vieja la tuvo cerca, echó en ella las ñudosas manos, dando grandes chillidos, que gritos no podía, porque su gran edad lugar no le daba, y tiró por ella tan recio, que á mal de su grado de Urganda, la metió en la cueva; y como dentro fué, despues de haber demandado ayuda á los caballeros con grandes voces, fué tan desacordada, que casi ningun sentido le quedó. Entonces la vieja, tirándole las tocas y asiéndola por los canos cabellos, dando con ella en el suelo, la llevó por la cueva adelante gran pieza.

Como Esplandian y los caballeros tenían los ojos hincados en lo que ellas hacian, y vieron aquella revuelta, pusieron las espuelas á sus caballos y fueron por la socorrer, y los primeros que llegaron fueron Talanque y Maneli, que la amaban mucho, y Talanque se metió sin ningun temor por la cueva. Pero antes que ocho pasos diese fué caído en el suelo casi amortecido, y así lo fué Maneli, que tras él iba. Entonces llegó Esplandian en su caballo á la cueva; y apeándose lo mas presto que pudo, entró por ella, no se le acordando el gran remedio que consigo llevaba, que era aquella su espada tan hermosa, que ante ella ningun encantamiento podía tener fuerza, así como ya lo habia probado en la montaña Defendida, delante de la dueña Arcabona. Y llegando donde Talanque y Maneli estaban en el suelo, pasó por ellos, y como ya á lo muy oscuro entrase, luego le fué presentada aquella gran claridad que de las sus preciosas piedras de su espada por la su gran virtud salia, y con ella vió cómo la vieja Infanta tenia á Urganda de espaldas en el suelo, y sus duras manos en la garganta para la ahogar. Y Urganda, con la rabia de la muerte, la tenia asida con las suyas de los vellosos brazos; y visto por él, fué cuanto mas pudo á la socorrer, y trabando de la vieja, dijo con grande ira: «A Dios pluguiese que fueses tú caballero armado, porque mi saña en algo fuera satisfecha;» y tomándola por los largos cabellos, la tiró contra sí, y luego acudió un jímio muy grande en demasía, y tan viejo, que las arrugas de sus cueros llegaban al suelo, y sus ojos eran como dos brasas encendidas, y dió un salto para Esplandian por le herir en el rostro; mas él, teniendo con la siniestra mano á la vieja, alzó la diestra, y dió al jímio con el puño en el rostro tan fuerte golpe, que las quijadas le hizo pedazos, y dió con él muerto en el suelo, y sacó la vieja de la cueva, hasta la poner en poder de Frandalo; y tornando á entrar, no curando de los caballeros, quiso ver si Urganda era muerta, la cual halló trayendo los brazos á una parte y á otra, como que el alma se le queria despedir; y tomándola en sus brazos, la sacó fuera de la cueva, y tornó por los caballeros, sacándolos asimismo rastrando fuera; y como el aire les dió, y aquel encantamiento

to más fuerza no tuviese de cuanto dentro de la cueva entrasen, así ellos como Urganda en poco espacio de tiempo fueron en todo su acuerdo tornados, como si por ellos ninguna cosa pasara; mas de Urganda os digo que su garganta parecia tan negra como que ya la sangre con el alma fueran allí juntas por salir.

CAPITULO CXI.

Cómo Esplandian y Urganda, con los otros caballeros, se volvieron á la villa de Galacia, trayendo la infanta Melia presa.

Cuando Urganda así se vido, teniendo en la memoria la afrenta tan mortal que habia pasado, dijo: «Como quiera que yo al punto de la muerte fui llegada; viéndome agora sin aquel peligro, que teniéndolo, mi corazón quebrantado era, todo es tornado en sobrada alegría, por donde estos crueles golpes de la fortuna, que tanto tememos, considerando que muchas veces nos vienen por nuestro provecho, no nos debrian espantar, mas con fuertes ánimos los debriamos sufrir, pues que, segun su movable estado, por la mayor parte tras lo mas áspero y espantado se viene el mayor descanso y alegría, teniendo siempre en nuestras memorias de seguir tal templanza, cuando en lo próspero subidos nos viéremos, que cuando á ella pluguiere de traer lo contrario, sabiendo por cierto su venida, no nos tome salteados con tanto descuido, con tanta vanagloria y soberbia, que desesperando del buen remedio, lo contrario adverso tenga tanta fuerza, que sojuzgando nuestro entendimiento, al ánima ponga en tal peligro de que ninguna redencion espere.» Esplandian le dijo: «Por cierto, mi buena señora, vos decís verdad, y esta hermosa razon por vos dicha, no solamente á vos y á nosotros, mas á todos los mortales debria ser ejemplo; y ¿qué mandais que desta mujer se haga?—Que la llevemos de aquí, dijo ella; que, segun la determinacion de nuestro viaje, que será á aquella gran corte del Emperador, ninguna cosa que á esta iguale de extrañeza y admiracion podemos llevar.» Entonces Esplandian, tomando una aljuba de seda que Sargil, su escudero, siempre le traía, y como se desarmaron, la vistió á aquella Infanta, porque algunas cosas de su cuerpo que deshonestas parecian, cubriéndolas, en toda honestidad puestas fuesen. Y poniendo á Urganda en su palafren y á la vieja en el de Sargil, quedando él á las ancas, se tornaron, con mucha risa de Urganda y de todos, á la villa donde habian salido, con aquella presa que llevaban, que en todo el mundo otra semejante no se hallaría; mostrando á Urganda aquel sartal que en aquella tierra habia cobrado. Torna la historia á la doncella Carmela.

CAPITULO CXII.

Cómo llegando á la gran Tesifante Carmela, que á nadie se humilla ni abaja, Estando presente la reina Heliaja, Presenta los presos delante el Infante, El cual los recibe con mucho talante; Y hechas mercedes á aquella doncella, Le da caballeros que vuelvan con ella, Y así la despide con ledo semblante.

La doncella Carmela, como ya se os dijo, salida de la vista de Galacia con aquella compañía que tras ella

iba y cuatro escuderos para que la sirviesen, que Esplandian le mandó dar, anduvo todo aquel dia hasta la noche, que la tomó en una floresta, donde reposaron y cenaron de lo que llevaban, y madrugando mucho, como las camas que tuvieron lo requerian, continuando su camino, llegaron temprano á Tesifante, donde fué tanta gente ayuntada por los ver, que no podian pasar adelante, y con gran trabajo entraron en el palacio donde el Infante y su mujer estaban; y como dicho les fué, salieron entrambos á unas ventanas que sobre un muy gran corral estaban, y vieron toda aquella gente de la manera que venia, y á la doncella en su palafren con aquellas muy ricas vestiduras.

El infante Alforaj, que ya bien la pérdida de su villa sabia, fué tan enojado de congoja, que como destinado dijo: «Oh dioses en quien yo creo, ¿qué puede ser esto? Si yo os tengo airados, en mí se tome la venganza, y no consintais que esta mezquina y simple gente padezca, aunque por cierto mas de mí que de vosotros debo ser quejoso, porque tanto he tardado en poner en ejecucion el remedio dello. Pero yo os prometo que si la fortuna, que ahora me es contraria, algun tanto de espacio de tiempo me da, que no pase mucho sin que vuestro servicio y mi honra satisfecha sea.» La Infanta, que así lo vido, díjole: «Señor, ruégoo mucho que, aunque vuestra pasión muy grande, y con gran razon, sea, que con la discrecion sea templada; y esta doncella sea recibida como lo merece por aquel poco de tiempo que tan bien me sirvió.—Así es justo, dijo él, que se haga; que la discrecion que la pasión someter no puede, en muy pocas cosas acertará.» Entonces la Infanta mandó á un su criado que le trujese allí la doncella; y venida ante su presencia, díjole, sin se le humillar: «Infanta, pues que conoces aquel mi señor de quien yo soy sujeta, teniendo el mi corazón tan captivado, que no me da lugar que á otro alguno, si á él no, cate en señoría ni sea humillada, con gran razon se me debe perdonar. Y quíerote decir la causa de mi venida. Ya habrás sabido cómo Esplandian y sus compañeros son dentro de la villa de Galacia, y repartiendo lo que allí hallaron, cupo á su servicio esta compañía que aquí conmigo llegó. Pues que á sus maridos tienes, así tuvieron por bien que tuvieses sus mujeres y chiquitos niños, para se las mandar restituir, ó hacer de las lo que tu voluntad fuere; que puedes creer que aunque en lo general sean enemigos, á tí en lo particular desean servir en aquellas cosas que los nobles caballeros sin ofensa de sus honras y ánimas deben hacer.»

La Infanta dijo: «Carmela, mi amiga, tantos servicios he recibido desos caballeros, que en cualquier manera de prosperidad ó adversidad que por ellos pase; querría satisfacer su gran merecimiento. Pero bien sé que mi deseo no puede haber efeto sino cuando la gran fortuna y desventura suya les alcanzare; y entonces les daré yo á entender qué tan grande en conocimiento y virtud es la mi merced.» Y antes que la doncella respondiese, dijo el infante Alforaj: «Doncella, decid á Esplandian y á esos caballeros que no tomen mucho cuidado en la guarda desas mis villas, porque, aunque yermas me las dejasen, yo no las mandaría tomar, por cuanto ellas serán causa de venir en mi ayuda tantas

gentes, que pasadas esas mares, podrá mi voluntad ser satisfecha con otro tan gran señorío como el que ahora poseo. Entonces, como la Infanta dijo, se podrán galardonar los servicios que le han hecho.»

Carmela, que muy aguda y discreta era, bien entendió á qué fin aquella tan gran soberbia era dicha, y dijo: «Infante, por lo presente que vemos se podrá juzgar lo por venir; el muy alto Señor muchas veces varia la ejecucion del pensamiento de las personas con otros acontecimientos muy muchos al contrario de lo que ellas pensaban. Y porque esto satisface á lo que la Infanta dijo, no es necesaria otra respuesta. Y si á tí y á ella pluguiere darme licencia, con tal seguridad que no me sea hecha descortesía, tornarme he donde vine. —Mi amiga, dijo la Infanta, muy poca confianza es esa, segun el grande amor que yo os tengo; vos iréis segura y acompañada de caballeros y de muy ricas joyas que yo os daré.» Entonces mandó á un caballero suyo que con su gente la pusiese en salvo, y á otro hombre de su cámara que en un caballo llevase los mas ricos paños de su persona y otras muchas joyas de oro y piedras y perlas, y se lo entregase bien cerca de Galacia. La doncella no lo quería tomar; mas la Infanta la conjuró tanto con la vida de Esplandian, que le convino otorgarlo. Y tomándola consigo aquel caballero, que Falarno había nombre, y con diez hombres suyos, la puso á la vista de la villa; y mandando al hombre que el caballo llevaba que se lo entregase, se volvió, y la doncella entró en la villa; con que todos muy alegres fueron, y juntos donde Urganda estaba, supieron della todo lo que le habia acontecido.

CAPITULO CXIII.

Cómo los dos valientes sin par,
Allí do prendieron la maga Melia,
Los sus grandes libros de nigromancia,
Con dos compañeros tornaron buscar;
Y cómo, queriendo á la cueva llegar,
Tres fieros gigantes armados hallaron,
Los cuales, despues que vencidos dejaron,
Tomados los libros, comienzan á andar.

Urganda dijo: «Mis buenos señores, aunque con gran pasión y congoja aquel infante dijo aquellas palabras, no pudiendo él saber el fin della, sed cierto que la fortuna le tiene otorgado grandes cosas, y tales, que muchos tiempos pasarán antes que otras tales se vean. Y porque esto no tardará, dejaré de hablar mas en ello; que la experiencia lo mostrará á los que hoy viven.» Y dijo á Esplandian: «Mi señor, por vos aquejar mucho en mi socorro, y porque no lo sabíades, dejastes en la cueva desta infanta muchos y muy preciados libros, por donde ella obraba. Y si por bien lo tuviéredes, no es razon que allí sean encerrados, donde ninguno, sino vos solo, los puede sacar. Pero tanto os digo que, salidos ellos fuera, la cueva quedará de tal manera, que sin impedimento alguno todos los que quisieren podrán entrar.» Esplandian, que vió que con grande afición lo decia, deseándolos ver, dijo: «Mi buena señora, por mí no quedará de ser cumplido esto que á vos bueno parece, y pues en ello poco trabajo se aventura, luego lo quiero poner en obra.» Y tomando consigo á Frandalo y á Enil y á Gandalin, armados en sus caballos, dejando á Ur-

ganda en guarda de Norandel, su tío, que ya era venido, con aquellos caballeros salió de la villa, tomando el camino de la cueva. Y siendo á la vista della, vieron estar á la boca tres jayanes y doce caballeros muy bien armados, que daban voces llamando á la Infanta; porque algunos hombres que con ganado por la montaña andaban, que se escondieron de miedo de los cristianos, vieron por entre las matas cómo habian llevado aquella infanta vieja; lo cual dijeron algunos de aquella comarca. Y por se certificar si era verdad lo que aquellos decian, ó si lo causaba su miedo, vino allí aquella gente que os digo.

Cuando por Esplandian y aquellos otros caballeros fueron vistos, luego conocieron ser de los enemigos, y tomando sus yelmos y escudos y lanzas, fueron contra ellos lo mas recio que sus caballos los pudieron llevar; mas el trecho era largo, y tuvieron los otros espacio de cabalgar en sus caballos y tomar sus armas. Así que, muy bien á punto, y cubiertos de sus escudos, arancaron todos juntos contra aquellos que á ellos venian. Los gigantes todos tres iban delante los suyos. Y Esplandian y el fuerte Frandalo enderezaron á los dos, y Gandalin y Enil al otro; los encuentros no fueron muy grandes, porque las lanzas volaron por el aire en piezas. Mas al que Esplandian encontró, tomóle al caballo los piés y las manos en el aire, y dió con él y con el Gigante en el suelo gran caída; que por gran rato el uno ni el otro no se pudieron levantar. Los dos jayanes, que, como os dije, quebraron las lanzas presto, como venian con gran furia, y los caballos eran muy grandes y holgados, pasaron tan recio, que no los pudieron tener. Entonces llegaron los doce caballeros, y encontraron á Esplandian y á sus compañeros; y como quiera que los encuentros grandes fuesen, libraron bien en tanto que todos quedaron en las sillas, quedando cuatro de los turcos en el suelo, que tropezaron en el Gigante y en su caballo; y luego Esplandian y sus compañeros pusieron mano á sus espadas, y metiéndose entre ellos, hiriendo á un cabo y á otro, derribaron de los ocho que á caballo eran, los cuatro dellos, mal heridos, que no se podian levantar. A este tiempo llegaron los dos jayanes con sus muy fuertes cuchillos. Esplandian, que así los vido, dijo en alta voz: «Frاندalo, vos y yo resistamos á estos, y queden con esos Enil y Gandalin.»

Entonces fueron con muy gran saña unos contra otros, como aquellos que mas temian vergüenza que muerte, y hirieron con sus espadas de muy grandes y esquivos golpes; así que, llamas de fuego muy grandes eran en sus yelmos encendidas. Allí viérades la viveza y esfuerzo de Esplandian, que tan diestro era ya en aquel oficio; y de Frandalo vos digo que, como fuese muy grande de cuerpo y valiente de fuerza, y podia sufrir tan fuertes armas y tan pesadas como los gigantes traian, no sentia en ellas mas los golpes del jayan que el otro sentia los suyos; así que, entrambos eran heridos de las espadas, quedando sus armas rotas por muchos lugares, por donde la sangre corria en grande abundancia. Pues Enil y Gandalin no estaban en menos afrenta, que, como aquellos cuatro caballeros bien armados estuviesen, sufríanse reciamente con ellos; así que, entre ellos era una cruel batalla.

Estando así como habeis oido, Esplandian, que no solamente tenia el cuidado de se guardar de su enemigo, mas miraba lo que sus compañeros hacian, vió que les duraban mucho en el campo, de que fué muy enojado, y con aquella grande ira fué para el Gigante con la espada alta en la mano, y dióle tan gran golpe encima del yelmo, que con gran fuerza suya se lo sacó de la cabeza, yendo por el campo rodando; y el jayan fué tan desacordado, que la espada se le cayó en la cerviz del caballo. Esplandian, que así lo vido, dióle otro golpe en descubierto, que le hendió la cabeza hasta el pescuezo, y cayó muerto en el suelo; ya entonces Enil y Gandalin habian derribado, de los cuatro caballeros, á los dos, y los otros dos habíanse ya retraido con los de pié, por ser dellos ayudados. Y Enil y Gandalin, por los entrar, habíanles herido muy mal los caballos y andaban por caer con ellos. Esplandian, que vido cómo su amigo Frandalo traia al Gigante muy sojuzgado, acordó de socorrer á los dos, y fué muy desapoderado contra los enemigos; y los dos de caballo no le osaron aguardar, y dejaronle la carrera, y él dió en los de á pié de tal manera, que tropeando los dos dellos su caballo, y no se pudiendo tener, cayó con él grande caída.

Cuando así los turcos le vieron, cobraron corazones, y los de caballo trabajaron por resistir que no fuese socorrido, y los de pié dieron sobre él de manera y con tales golpes, que si las armas, ó por decir mas verdad, la misericordia de Dios, que señalado en el mundo le tenia para la victoria de la conquista de aquel gran señorío, no le defendiera, él se pudiera ver en gran peligro de muerte. Y el caballo con la gran fuerza levantóse, dejando á Esplandian en el suelo. Y como así se vido libre dél, y se halló con la espada en la mano, levantóse á pesar de los que le herian, y metióse entre ellos tan bravo y tan sañado, que no tardó mucho tiempo que las armas y sus cuerpos no fuese todo hecho pedazos. Los dos caballeros que con Enil y Gandalin se combatian, cuando aquello vieron, comenzaron de huir por la montaña; así que, en poco de rato los perdieron de vista. Esplandian, que quebrantado estaba de la caída, miró lo que Frandalo hacia, y vió cómo habia echado en el suelo lo poco del escudo que le quedaba, y que tenia con la siniestra mano al Gigante del visal del yelmo, y cómo por allí metia la espada, y le hizo perder la fuerza y caer del caballo. El otro gigante, que Esplandian al principio derribó, estaba debajo del caballo, que en ninguna manera se podia levantar; y como á él llegó Esplandian, con miedo de la muerte, demandóle merced, y le otorgó la vida, pues que no estaba en disposicion de se poder defender.

CAPITULO CXIV.

Del grande peligro que solos sintieron
Los fuertes caudillos por falta de gente,
Quando de turcos, en medio la puente,
Daquende y dallende cercados se vieron;
Y cómo, llamados, despues que vinieron
Norandel y Talanque y Ambor y Trión,
Los miseros turcos, sin mas dilacion,
Por aguas y hierro las vidas perdieron.

Esto así acabado, como habeis oido, los escuderos les ataron las heridas lo mejor que pudieron, como mu-

chas otras veces hicieron. Y Esplandian dijo que en todo caso queria sacar los libros de la cueva; y luego entró dentro, y con la claridad de su espada vió el jímio, que estaba muerto, y pasó por él, y halló una cámara en cuadro muy bien hecha, que tenia una lumbrera en lo alto, y en ella habia una cámara hecha de los ramos de los árboles; y luego adelante habia otra cámara, donde los libros estaban en tanto número, que él fué maravillado. Y tomando cuantos llevar pudo, los sacó fuera, y así hizo á los otros, aunque con gran trabajo, tardando gran rato.

Cuando aquellos caballeros los vieron, y las ricas guarniciones suyas de oro y plata y algunas piedras de gran valor, maravillándose dello, y haciendo cargar en tres camellos que consigo traian todos los que llevar pudieron, dejando otros muchos, con intencion que luego por ellos volviesen, comenzaron á se volver á la villa donde salieron. Mas esto no les fué tan ligero como pensaban; que los dos caballeros que huyeron, como oistes, dieron mandado en una villa que á dos leguas de allí estaba, donde habian salido, que se llamaba Farzalina, y luego se comenzaron de armar mas de veinte caballeros, y de peones hasta cuarenta. Y tomando por guia dos caballeros, salieron á tiempo que alcanzaron á Esplandian y á sus compañeros, cuanto media legua de Galacia. Y como sabian de cierto que no eran mas de cuatro, y que de la lid quedaron heridos; como los vieron á ojo, arremetieron por el campo, desamparando sus peones, porque no se les fuesen. Esplandian, que así los vido, dijo: «Ea, buenos señores, que agora es tiempo en que parezca el amor y voluntad que á nuestro Señor Jesucristo tenemos; finjamos que nos queremos acoger, porque de sus peones sean mas desviados, y luego, sin su ayuda, volvamos á ellos, que, segun me parece que vienen, antes que juntos sean harémos en ellos gran daño. Y en tanto vaya un escudero lo mas presto que pudiere, y hágalo saber en la villa; porque acudiendo algunos de los nuestros, ninguno de los enemigos se nos escapará.—Señor, dijo Frandalo, como quiera que hayamos de cumplir con el servicio de este Señor cuyos somos, que es el fin de la bienaventuranza nuestra, ni por esto hemos de perder el cuidado de guardar nuestras vidas por el camino de la razon; que si haciendo destemplanza las perdiésemos, así destemplado habrémos el mérito. Dígolo, Señor, porque veis la gran gente que contra nos viene, estando heridos y cansados de la batalla pasada; pues si les huimos, será nuestra honra y estima mucho en gran menoscabo, y si les acometemos, será locura conocida, porque sin duda nos iríamos á la muerte; así que, por lo uno y por lo otro, yo os purné en parte que ofendiendo á nuestros enemigos, con razon las vidas podamos reparar.» Esplandian le dijo: «Mi verdadero amigo, todos somos en vuestra ordenanza en esto y en todo.—Pues seguidme,» dijo él. Y apartándose del camino que llevaban, tomó á la mano diestra, y no anduvieron mucho, que hallaron un rio, y una puente en él, que asaz alta era; y llegando á ella, vieron cómo ya los enemigos les estaban cerca, y venia delante dellos un caballero, gobernador de aquella villa y de otros lugares comarcanos por el infante Alforaj, y era muy buen

hombre de guerra, y siempre andaba armado de ricas armas. Y como vió la sobra grande de gente que traía, y que los contrarios no volvían cabeza, adelantóse de los suyos gran trecho.

Enil, como así lo vido, rogó á Esplandian que le dejase justar con él; y fuéle otorgado, con tal que lo mas presto que pudiese, pudiéndolo hacer sin se poner en otra afrenta, se volviese á ellos. Enil salió delante, y enderezó para le encontrar; el turco asimesmo, muy bien cubierto de un fuerte escudo, y pasósele, hiriéndole en el brazo; así que, quebrada la lanza, quedó en el escudo y en la manga de la loriga un trozo della. Mas Enil, que recio caballero era, y el esfuerzo de su corazón le hacía tener gran tiento y concierto en aquello que de hacer había, encontróle en el adarga de tan fuerte golpe, que no solamente se la pasó, mas la loriga con ella, y pasó la lanza de la otra parte por las espaldas una gran braza, y cayó muerto en tierra.

Quando esto fué por los suyos visto, lo mas recio que pudieron llegaron en su socorro, y así lo hicieron Esplandian y los de su parte en el de Enil; de manera que, como todos eran sañudos y deseaban la muerte, fué entre ellos una muy brava y peligrosa pelea. Mas las maravillas que Esplandian hacía en dar tan grandes y tan crueles golpes, cuales nunca por mano de caballero se dieron; y asimesmo el fuerte Frandalo y los otros caballeros, que tanto en armas hicieron y sufrieron, que si la gente de pié no llegara, ya tenían á los de caballo casi desbaratados; mas como aquellos sobrevinieron, fuéles forzado de retraerse á la puente, y dejados los caballos en el campo, se metieron todos cuatro en ella, y los enemigos se fueron de rondon sobre ellos con tan grandes alaridos, que el cielo parecía horadarse. Los cuatro caballeros estaban á la entrada de la puente, y como algunos se les llegaban, salían con mucho esfuerzo, y dábanles tan grandes golpes, que no habían menester maestro. Y así lo hacían en los caballeros que les querían entrar; de manera que mucho á su salvo se defendían, haciendo daño en sus enemigos; mas como los turcos vieron que por aquella parte no les podían hacer daño, enviaron cinco de caballo y quince peones, que pasando el vado, que ligero de pasar era, les tomaron las espaldas por la otra parte de la puente. Y como Esplandian esto vido, dijo á Frandalo: «Amigo, tomad con vos á Enil, y resistid á aquellos, y yo con Gandalin á estos, si le pluguiere á Dios.»

Frandalo y Enil fueron luego al otro cabo, donde llegaron sus enemigos con gran soberbia, creyendo que ya desta vez no les podrían escapar de la muerte; mas no les vino como ellos pensaban, porque aquellos caballeros, como cercados se viésen, y otro remedio alguno por el presente no esperasen sino el de Dios y de sus fuertes corazones, convirtiéndolos en muy mejor esfuerzo, en mas airada saña, hacían maravillas en su defensa, con tan crueles y fuertes golpes, así por la una parte como por la otra, los contrarios no los podían entrar. Fornace, el escudero de Frandalo, que á la villa fué por socorro, como ya se vos dijo, llegó á ella lo mas presto que pudo, y contó las nuevas á aquellos caballeros como Esplandian y sus compañeros quedaban en gran peligro de sus vidas, según la gran gente so-

bre ellos venían, si por ellos no fuesen socorridos muy presto. Lo cual oído por ellos, á la mayor prisa que pudieron se armaron, y cabalgando en sus caballos hasta veinte dellos, quedando los otros en la guarda de la villa, porque algun engaño no les fuese hecho, salieron, llevando por guía á Fornace hácia aquella parte que él los guiaba. Y llegando allí donde Fornace los dejó, y no los hallando, ni señal de pelea, fueron maravillados, y no sabían dónde se fuesen, temiendo que del todo eran perdidos, y como desatinados andaban á una parte y á otra por el campo. Mas en cabo de un rato, Norandel y Talanque y Maneli, y Ambor y Trion, oyeron á su diestra los alaridos de los turcos, y creyeron que por aquella causa se hacían, y poniendo las espuelas á sus caballos lo mas recio que pudieron, á su mayor correr fueron allí donde les pareció que oían aquellas grandes voces, y á poco rato vieron de lejos aquel ayuntamiento de gente, y llegados mas cerca, conocieron claramente cómo combatían á sus compañeros en la puente; y creciéndoles con el coraje el esfuerzo, fueron para ellos á la parte que el fuerte Frandalo resistía, y no teniendo sus vidas en tanto como nada, se metieron entre ellos, dándoles muy crueles y fuertes golpes.

Frandalo, como esto vido, salieron él y Enil de la puente para ayudar á los suyos; y como los hallaban derramados, no hacían sino dar en ellos. Así que, tanto los aquejaron, que los hicieron, mal de su grado, meter por el río, con pensamiento de se juntar con los otros; mas aquellos caballeros que á caballo estaban, entraron con ellos, y Frandalo y Enil asimesmo; y como el agua era alta, no se podían defender, y en poco de rato fueron allí muertos y ahogados de los grandes golpes y del agua todos, que ninguno quedó. Entonces Frandalo y Enil, que dos caballeros habían derribado en el agua á fuerza de brazos, saltaron presto en sus caballos, y pasaron con sus compañeros el río, y dieron en los que lidiaban con Esplandian y Gandalin. Pero la resistencia no duró mucho; que como vieron los suyos muertos en el río, y aquellos caballeros que sin ninguna piedad los mataban, y á Esplandian y á Gandalin que de la puente habían salido, que no dejaban hombre á vida, comenzaron á huir á todas partes; mas no les aprovechó nada, que los de caballo y Esplandian y Gandalin, que cabalgado habían ya, los siguieron de tal manera, que uno solo no les escapó. Cuando así vieron muertos sus enemigos, quedando ellos vivos, aunque con algunas heridas, hubieron entre sí muy gran placer, y daban al muy alto Señor gracias, alzadas las manos al cielo, abrazándose unos á otros, viniendo lágrimas de piedad en sus ojos.

CAPITULO CXV.

Cómo Esplandian y sus compañeros, vencida la cruel batalla de la puente, entraron en Galacia, y del placer que Urganda con ellos hubo.

Esto así despachado, como la historia vos cuenta, acordaron de se ir á la villa de Galacia, y que viniesen allí algunos hombres para llevar allá las armas de los muertos, que era la provision que por entonces mas para la gente baja faltaba. Y así lo hicieron, que toman-

do el camino hácia donde sus compañeros andaban á los buscar, hallándolos á todos, dándoles mucho placer con su vista y su vencimiento, con tanto daño de sus enemigos, se fueron para la villa, donde á la puerta della hallaron á Urganda y á la doncella Carmela, que los aguardaba. Urganda dijo á Esplandian, riendo: «Mi señor, si yo por cumplir vuestro mandado fui al punto de la muerte llegada, pareceme que vos, por poner obra mi ruego, no menos afrenta habeis recibido; así que, entrambos por satisfechos nos podemos tener. —Mi buena señora, dijo Esplandian, aunque á mí por vuestro servicio y amor peligro me viniese, no se debe tener en mucho, porque, como vos mejor sabeis, para esto y mucho mas fui nacido; mas de vos, que siempre remediastes y socorristes aquellos que muy menester lo hubieron en sus grandes fortunas y trabajos, con gran razon nos debemos doler, poniendo nuestras personas á todo peligro que venir pudiese, por vos excusar de cualquier enojo; y si esto pasado no fuera de tal calidad que ninguna enmienda hallar se pudo, vos viéades, mi buena señora, á qué se extendía el grande amor que vos tenemos, si por otra cualquier manera vos acaeciera. —Agora, mi señor, dijo ella, idvos á desarmar, y esos caballeros, y curarvos han de las heridas, que en eso que decís no puedo yo oír de ninguno tanto como lo que yo sé, de que á mí siempre me recrece mucha alegría, y me tengo por bienaventurada.»

Carmela, la doncella, tenía á Esplandian por las manos, y se las besaba muchas veces; y así á pié como estaba, llevándola él por la mano, se fué á su posada, y todos los otros caballeros á las suyas, donde fueron curadas sus heridas por la mano de aquel gran maestro Elisabat, que con Norandel de la villa de Alfarin vino, donde había quedado al tiempo que Esplandian y el rey de Dacia por la mar se fueron, como dicho es.

CAPITULO CXVI.

Cómo Urganda la Desconocida manda apercebir á todos los caballeros que juntos estaban en la villa de Galacia, para que juntamente con ella delante el Emperador se presenten, y cómo por ellos fué obedecido.

Quince días pasaron sin que en otra cosa alguna entendiesen sino en reparar su salud; y en este medio tiempo hicieron traer los libros que á la boca de la cueva quedaron, los cuales fueron todos por Urganda vistos, y demás de las grandes cosas que en ellos se contenían para obrar todas las artes que en todo el mundo hallar se pudieran, eran en sí los mas hermosos que ver se podían, de letras y pergaminos muy sutiles, y de historias de aquellos que primero las compusieron, hechos de oro, y todas las otras letras mayores asimesmo; pues las cubiertas dellos, muchas eran de plata y otras de oro, con piedras y perlas labradas en tan extraña manera, que mucho se maravillaba Urganda en los ver, y aquellos caballeros; y estos que digo que eran los mas ricos, tenían en sí figurada aquella doncella Encantadora que oistes, con letras muy hermosas de piedras y diamantes y ardientes rubies, que su nombre señalaban; los cuales hubo aquella infanta Melia en el tiempo que comenzó á aprender en la isla de Creta, donde los llevó el caballero cuando aquella sin ven-

tura doncella, que mas que á sí lo amaba, por él fué de la muy alta peña despeñada. Todos los mandó Urganda guardar para los mostrar al emperador de Constantinopla.

Pues en esto que vos digo, pasaron aquellos quince días, que en el fin dellos fueron todos aquellos caballeros sanos de sus heridas, y en tal disposicion, que podrían tomar armas y ir donde les pluguiere. Entonces Urganda los hizo juntar y díjoles: «Mis buenos señores, yo vine aquí para ver á Esplandian y á todos vosotros, y en hallarvos con aquel deseo de cumplir mas la orden de caballería por la vía del servicio del muy alto Señor, que por la vanagloria del mundo, que siempre á quien le sirve le da mal galardón, no solamente huelga mi corazón con gran descanso, mas por mi persona he acordado en trabajar cómo una cosa tan santa sea sostenida en aquella alteza á que los sirvientes de Dios son obligados, y por el presente aconsejarvos en aquello que mas á vuestras honras cumple; y esto es, que dejando todas cosas, vos dispongais á que en aquella gran fusta seamos ante aquel gran emperador, sin el cual por imposible ternía yo que en tan gran empresa como esta que es comenzada, se sacase aquel fruto que deseamos; y asimesmo porque él, por causa vuestra, que los primeros en ella habeis sido, no pasará mucho tiempo sin que se vea en la mayor afrenta que hasta hoy ninguno verse pudo; y soy cierta que la presencia vuestra le dará tanto placer y esfuerzo en saber que tal caballería á su servicio tiene, que en el tiempo que mas la fortuna en gran aflicion le pusiere, terná esperanzas que, despues de Dios, vosotros le podréis dar el remedio, y cuando de allí seréis venidos, claramente, según las señales, conoceréis que verdad vos he hablado.»

Todos aquellos caballeros estuvieron atentos en oír lo que por aquella gran sabidora les fué razonado, y bien creyeron que no en vano aquellas tales palabras saldrian; y fueron mucho maravillados cómo, estando el Emperador en tan grande alteza, que si el mundo todo no se moviese, no lo podrían trastornar y turbar, que tan grande afrenta como Urganda decía le pudiese venir; mas teniéndola por verdadera, según verdad salían las cosas por ella dichas, hacíanse muy alegres, considerando que podrían mostrar en tal caso, si de armas fuese, aquellas voluntades suyas en seguir aquella orden de caballería que recibieron, que ninguna de las temporales cosas se le igualaba, porque á todos manifestado fuese en qué tanto menos la muerte que la honra tenían; mas sobre todos, en mucha cantidad era el placer que Esplandian hubo, pensando si el Emperador en tal peligro la fortuna lo trajese, que allí se podría pagar aquella gran deuda en que su padre le era, según en esta historia oído habeis, y en mostrar ante aquella su muy amada señora la valentía y esfuerzo de su bravo corazón, en cosa que tanto á su servicio tocaba, ó allí perder la vida; donde cesarian sus mortales deseos, que no habiendo fin, muchas veces los sentía en aquella amarga vida que por su causa pasaba, y por acrecentar mas su cuita lo dejaba vivo, y respondieron á Urganda, diciendo: «Señora, todos somos vuestros caballeros, mandad lo que queréis que hagamos; que

habiéndolo por mejor, luego en ejecución será puesto. —Pues mis señores, dijo ella, haced poner vuestros caballos en la gran nave, sin que de otras armas cuidado tengais, porque vos las daré yo tales cuales, según en lo que estáis, conviene; y entrando en ella, vosotros y yo seguiremos este viaje por mí señalado, en que, no solamente vuestras honras, mas las ánimas, que muy diferentes en otras cosas muchas dellas son en uno, juntas serán, gozando de aquel mérito que pocas veces en este mundo, según los grandes lazos suyos, juntamente gozar pueden; y esto sea luego, porque muchas veces el tiempo da variación, poniendo impedimentos en aquello que por negligencia, teniéndolo él prometido, se pierde.»

CAPITULO CXVII.

Cómo cuarenta, los mas esforzados,
Varones noveles, de muy alta guisa,
Con muy ricas armas de santa devisa,
Por mano de Urganda fueron armados;
Los cuales con ella, con órden guiados,
En todo mostrando sobrado primor,
Allí donde estaba el Emperador
Y toda su corte son presentados.

Así como por esta gran sabidora fué acordado, por todos aquellos caballeros fué en ejecución puesto; que dejando en la villa de Galicia tal recaudo de gente, que de razón defenderla, según su gran fortaleza, pudiesen, haciendo poner en la nave de la Serpiente sus caballos y lanzas, Urganda todos los libros que os dijimos, y á la infanta Melia, y al Alguacil mayor, que cabe Tesifante prendieron; y entrados todos y ella dentro, la Serpiente comenzó á navegar, y siendo muy cerca de la montaña Defendida, no desviando del derecho camino, por consejo de Urganda, hizo allí venir Esplandian al rey Armato y á los dos capitanes que presos estaban; porque con ellos y con aquella vieja infanta su llegada ante aquel emperador y sus altos hombres mas extraña y mas autorizada pareciese.

Pues siendo ya á la vista de aquella gran ciudad de Constantinopla, Urganda mandó poner encima de la fusta un pendon grande y muy alto, que tenia el campo de oro y una cruz colorada; y hizo sacar de una cámara las ricas armas que para Esplandian y sus compañeros traía, que asimesmo eran todas de aquella manera del pendon, el campo de oro y cruces coloradas, sin que en ninguna dellas diferencia hubiese; y hizo armar dellas cuarenta caballeros de los mas preciados, los cuales eran estos que se siguen: Esplandian, Norandel, el fuerte Frandalo, Talanque, Maneli el Mesurado, Ambor de Gadel, Gavarte del Val Temeroso, Gandalin, Enil, Trion, primo de la reina Briolanja; Bravor, hijo del gigante Balan; Belleriz, sobrino de Frandalo; Elian el Lozano, Listoran de la Torre Blanca, Madancian de la Puente de Plata, Landin de Fajarque, y Madanil de Borgoña, Ledaderin de Fajarque, Sarquiles, sobrino de Angriote; Palomir, Branfil, Tantáles el Orgulloso, Galbino, hijo de Isanjo; Carpineo, su hermano; Carineo de Carsante, Atalio, hijo de Olivias; Brascelo, hijo de Brandinas; Garamante, hijo de Norgales; Enfemo de Alemaña, Brandonio de Gaula, Penatrio de España, Falameno, su hermano; Culsicio de Bohemia,

Amandario de Breñaña la Menor, Silvestre de Hungría, Manelio de Suecia, Galfario de Romanía, Galiote de Escocia, Avandalio, su hermano; Califeno el Soberbio; y como todos eran mancebos y de grandes cuerpos muy bien tallados, y iban de una devisa con aquellas cruces, no solamente en lo humano eran loados, mas en lo divino ponian mucha devoción á aquellos por quien vistos eran, deseando muchos ser en aquella órden tan santa; donde podemos pensar que si en esta historia mas lo verdadero que lo fingido pensasen, que según el poco tiempo habia pasado en que la santa ley de Cristo comenzó, ser esta la primera cruzada que fué por los cristianos contra los infieles establecida.

Pues así anduvo la fusta grande hasta ser en el puerto, junto con la ciudad, una mañana el alba rompiendo; y como por las gentes sentida y vista fué, las voces y el ruido fué muy grande, diciendo todos: «Santa María, esta es la extraña fusta de aquel bienaventurado caballero Esplandian, que el muy alto Señor aquí ha guiado por nuestro bien.» Y todos, así los que vestidos estaban como los desnudos, corrían con grande priesa á la ver. Fué tan grande el movimiento, que el Emperador y su mujer y hija, con toda la compañía de su palacio, fueron á las ventanas puestos, habiendo muy gran placer en que aquella extraña fusta estuviese tan sosegada, que de otra manera que la vez primera que allí vino la pudiesen ver; y porque tenían creído que no venia en tal parte sin aquel su gran caudillo, aquel famoso caballero, que mas que á ninguno de los nacidos el Emperador y todos ellos ver y conocer deseaban. Pues ¿qué diremos aquí de aquella tan hermosa Leonorina, de aquella luciente estrella, en todas extremada de hermosura, que aquella fusta miraba, recordando en su memoria cómo por su mandamiento aquel su muy amado caballero creía en ella venir? Por cierto no otra cosa sino la que dirán aquellos y aquellas que de semejante fuego son sus entrañas abrasadas; que viendo sus ojos aquello que no lo viendo siempre llorar los hacia, su alegría era tan sobrada, que enviando della al corazón, lanzaban defuera aquella tristura; aquella tenebrura de que ocupado era, tornando á encender en mas vivo fuego aquel resfriamiento que de la ausencia por la mayor parte se sigue.

Pues estando así aquella fusta de tanta gente mirada, vieron cómo por su costado fué abierta una puerta y echaban en la mar una barca, y cómo entraba en ella la doncella Carmela, que muy bien todos la conocían, y otras dos doncellas con sendas trompas doradas en sus manos; las cuales, llegadas á la orilla, saltaron en tierra, y tomando las dos doncellas entre sí á Carmela, entraron en la ciudad por la gran calle, queriendo llegar al palacio del Emperador. Carmela iba muy ricamente vestida de aquellos paños y piedras tan preciosas que la infanta Heliaja le dió, como ya se vos contó, y las dos doncellas asimesmo con grandes atavíos, y tocaban las trompas con un son tan dulce, que muy gran deleite sentían aquellas tantas gentes que las miraban, y decían todos en alta voz: «Oh buena doncella, dinos si por ventura en aquella extraña y espantable fusta viene tu señor, aquel bienaventurado caballero. Dínoslo, buena doncella, porque gocemos de aquel gran pla-

cer que siempre de sus venidas á esta ciudad nuestros ánimos tienen.» La doncella Carmela los saludaba con rostro amoroso, diciéndoles: «Buenos amigos, si por vosotros es amado y deseado aquel mi señor, así él vos ama y desea vuestras honras, y no tardará de ser puesto en vuestras presencias.—Bienaventurada seas tú y la hora en que naciste, pues que de tales nuevas nos haces ciertos.»

Así llegaron aquellas tres doncellas al palacio, acompañadas de tantas gentes, que maravilla era de las ver; y entrando en la gran sala donde el Emperador estaba con sus ricos hombres, que allí por saber de la gran fusta juntos eran, las doncellas tocaron las trompas con tan dulce son, que el Emperador y todos ellos hubieron gran placer, y se maravillaban qué cosa aquello sería, y á qué podría acudir tal embajada. Entonces Carmela, llegada en presencia del Emperador, dijo: «Emperador, nuevas te traigo de que creo tú habrás placer. Sábetes que en aquella fusta viene mi señor Esplandian y muchos y muy preciados caballeros, sus amigos, que le aguardan, que, en servicio del muy alto Señor y tuyo, andan haciendo grandes cosas en armas. Y con él viene aquella gran sabidora Urganda por te conocer; que según tu grandeza y las virtuosas nuevas que de tí suenan en todas partes, mucho te desea hablar y hacer reverencia. Todos te ruegan que aquí en tu palacio, con la Emperatriz y la infanta Leonorina, tu hija, los esperes, porque yo tornada á ellos, luego serán de la mar salidos, y venidos á este tu gran palacio.»

El Emperador, que esto oyó, dijo en una voz alta: «¡Santa María, qué buenas nuevas son estas para mí! ¿Es cierto, buena doncella, que Esplandian y sus compañeros y Urganda la gran sabidora me vienen á ver?—Por cierto, dijo ella, así es como lo digo, y su presencia lo hará verdad.» El Emperador dijo: «Aunque vos, buena amiga, siguiendo la órden acostumbra de vuestro estilo, ninguna cortesía ni mesura me hagais, vuestra embajada merece que yo, quebrantado el mio, vos dé las gracias que merecis.» Y viniéndose para ella, la tomó entre sus brazos, y juntándola consigo, la tuvo así un rato abrazada, diciéndole: «Mi buena amiga, tornadvos luego, porque mas presto vengan estos que decís; que yo los atiendo en esta sala con la compañía que piden.» Tornada la doncella Carmela, y las dos doncellas con ella, á la mar, con tanta gente que tras ella iban, que no se puede decir, entró en la barca, y fué á la gran fusta con el recaudo que ya oisteis. Que siendo sabido por aquellos que la enviaron, luego hicieron echar en la mar otras tres barcas grandes, en que pusieron en tierra sus caballos y palafrenes de Urganda y de sus doncellas. Y luego, puestos ellos en las barcas, salieron asimesmo en tierra, armados de aquellas armas hermosas, todos de una devisa que vos dijimos, y así eran las sobrevivistas de sus caballos, y cabalgando todos y todas, movieron del puerto para entrar en la ciudad en esta manera. Iban delante seis doncellas con sendas trompas doradas, y tras ellas otras cuatro con instrumentos, que cesando el dulce son de las primeras, tocaban ellas los suyos, tan acordados y con tan dulces voces de su canto, que no pare-

cia sino que ángeles fuesen, y tras ellas iban los dos capitanes turcos, vestidos ricamente á modo de su tierra, y con ellos el Alguacil mayor, y luego en pos de ellos iba el gran rey Armato de Persia, y llevaba una aljuba hermosa, broslada muy sutilmente, que Urganda le habia dado, y cabe él iba aquella infanta Melia, cubierta toda de su vello y sus largos cabellos, que parecia la mas extraña cosa que nunca fué vista, y llevábala un escudero en un palafren, teniéndola abrazada, porque con mucha saña y porfia se quería dejar en el suelo caer; y luego venían Esplandian y Urganda teniéndose por las manos, y tras ellos el rey de Dacia y Norandel, y los otros caballeros por aquella manera de dos en dos, y así entraron por la gran calle. ¿Qué vos diré? Que la gente fué en tan grande abundancia allí junta por los ver, y el ruido tan grande, que no parecia sino que todo el mundo allí era ayuntado. Las seis doncellas tocaban las trompas con muy dulce son, y cesando ellas, tañían las cuatro sus instrumentos, y cantaban con ellos tan acordadamente, que toda la dulzura de la melodía era en ello junta.

Pues así pasaron con gran trabajo, por la ocupación de la mucha gente, á los grandes palacios, y en ellos entrados apeáronse de sus caballos, y Urganda y sus doncellas de sus palafrenes, y en aquella misma ordenanza que allí llegaron se presentaron ante el Emperador, que á mas de la media sala los salió á recibir. Esplandian puso delante á Urganda, porque ella fuese la primera que aquella honra recibiese, y hincadas las rodillas en tierra, le demandó las manos para se las besar, mas el Emperador no se las quiso dar, antes abrazándola con amor, la hizo levantar.

Entonces llegó Esplandian, que su gran cortesía habia puesto en espanto á todos los que lo miraban, y así hizo al Emperador, que hincadas las rodillas en tierra, le quiso besar las manos; mas él, no solamente no se las quiso dar, mas tomándole con ambas las manos la cabeza, abajándose, lo besó en la faz y alzólo del suelo; luego llegaron el rey de Dacia y Norandel, y tras ellos todos los otros caballeros, y el Emperador los recibió con amoroso rostro y muy buen talante. Entonces llegó Urganda á la Emperatriz, y Esplandian con ella, y hecha aquella reverencia y acatamiento que debían, dieron lugar á todos los otros que lo mismo hicieron; entonces el Emperador tomó por la mano á Esplandian, y púsole delante de su hija Leonorina, diciendo: «Hija mia, veis aquí á vuestro caballero; ¿qué vos parece dél? ¿Perdeis agora la saña?» Esplandian estaba de rodillas ante ella, demándandole las manos para se las besar, mas ella las tiraba atrás, y dijo á su padre: «Señor, lo que dél me parece es, que, según su presencia, bien muestra ser hijo de aquel noble caballero de la Verde Espada, y en lo de mi saña, no siento razón por qué perder la deba.—¿Cómo, hija mia? dijo el Emperador, ¿no os dais por satisfecha con los grandes servicios que por vuestro amor ha hecho y con los ricos presentes que vos ha enviado?—Señor, dijo ella, todo eso se hizo fuera de mi voluntad, porque no quiso cumplir aquello que de vuestra parte y de la mia fué por mí enviado á mandar. Pero agora que es aquí venido, tomar se ha en cuenta lo que de aquí adelante hi-

ciere; que quiera Dios que sus obras sean tales que con gran razon pueda ser quita aquella palabra que su padre me dejó.»

El Emperador comenzó á reir, y dijo á Urganda: «Mi buena amiga, llegad vos acá, y despartiréis una quistion en que estamos.» Urganda se fué para él, y sabido del Emperador lo que pasaba, dijo riyendo: «Señora hermosa, vos teneis razon; que pues Esplandian, por mandado de su padre, vino á vos servir, lo cual fué en mi presencia, en todo habia de seguir vuestra voluntad, y si otra cosa fuera della, de cualquier calidad que sea, ha hecho, teneis mucha causa de no se la recibir, aunque yo soy cierta que, como quiera que en todas las afrentas mas peligrosas que ver ni pensar se pueden su bravo y fuerte corazon puesto fuese, ningun temor tenia, considerando vuestra grandeza, vuestra demasiada hermosura sobre cuantas hoy viven, y que se ha hallado temeroso y indigno de ser puesto en vuestra presencia. Así que, mi señora, si de vuestra parte está la justa causa de queja, así está de la suya alcanzar perdon.»

Leonorina le miraba aquel su tan hermoso rostro, aquel tan gracioso y honesto parecer; así que, de sobra de alegría las carnes le temblaban, y el corazon era ablandado con gran dulzura, lanzando fuera de sí las grandes cuitas y mortales deseos de que hasta allí muy atormentada era, por tener tan cerca aquel por quien en su ausencia padecia, pues de creer es que lo semejante en sí Esplandian sintiese; que siendo entrambos de una dolencia, de una pasion heridos y atormentados, así de un deleite, de una igual alegría eran satisfechos, y respondió á Urganda y dijo: «Mi amiga, no osaria yo contradecir vuestra palabra, y por esta vez perdono, y si de aquí adelante con razon dél me quejare, será á vos, pues por vos alcanza el perdon.» Y abajando las manos para lo levantar, tomolas Esplandian con las suyas y besólas, y Urganda asimesmo por la merced que le hizo; y partiéndose della, se tornaron á la Emperatriz, que deseaba hablar con Esplandian, y dejándole con ella, el Emperador se fué al rey Armato de Persia, y tomándole por la mano, dijo: «Buen señor, perdonadme; que por recibir esta tan notable compañía no os he hablado; agora quiero hacervos aquel acogimiento que tan gran príncipe como vos sois merece.—Señor, dijo el Rey, obligado sois á hacerlo así, porque muchas veces revuelve la fortuna su peligroso juego, no como las gentes piensan, mas como ella quiere.»

Entonces lo puso en el estrado con la Emperatriz, y llamando al fuerte Frandalo, le puso las manos sobre sus hombros y dijo: «Mi verdadero amigo, cuanto yo vos precio y amo, por los grandes servicios que de vos he recibido, aquel muy alto Señor del mundo lo sabe, y quiero, en pago de algunos dellos, que de aquí adelante seais mi alférez mayor y hayais mas en merced el condado de Grigenton, y os llameis conde.» Frandalo le besó el pié, aunque el Emperador no quiso, y Esplandian las manos, por aquella merced que le hizo.

CAPITULO CXVIII.

Cómo hablándose Norandel y la reina Menoresa, de muy encendidos amores el uno del otro quedaron presos, y cómo aquellos caballeros y altos hombres y señoras de alto linaje, por mandado del Emperador, todos ordenadamente se sentaron á comer.

A esta sazón el rey de Dacia y Norandel, que juntos estaban, llegaron á hablar á la infanta Leonorina, que estaba preguntando á la doncella Carmela quién eran los caballeros y cómo habian nombre, y ella le habia dicho cómo aquel era el rey de Dacia, el que le habia dado en presente á Frandalo, y el otro mas hermoso y de mayor cuerpo era Norandel, hijo del rey Lisuarte; y así le habia nombrado algunos de los otros; y llegando estos dos caballeros, besáronles las manos, y Norandel fué muy espantado en ver la mas hermosa mujer que nunca vió ni oyó decir, y antes que ninguna cosa dijese, díjoles Carmela: «Mis buenos amigos, hablad á la reina Menoresa, que delante teneis; que, segun su parecer, bien seria recibida en toda plaza.» Ellos, que tenian los ojos en Leonorina, volviéronlos á la reina, y parecióles muy hermosa á maravilla. Y por cierto tal era ella, que, despues de aquella infanta, en todo el imperio no le igualaba ninguna en hermosura, y quisieronle besar las manos; mas sabiendo cómo eran de tan alto linaje, no se las dió, y abrazándolos, los hizo levantar.

Norandel puso los ojos en ella, y parecióle una de las apuestas y de mejor donaire que hasta entonces habia visto, y fué luego preso de su amor con tan fuerte golpe, que ahína cayera en tierra, y dijo paso: «Santa María, váleme, y ¿qué será esto?» Mas aquel cruel amor, no contento que el uno fuese sujeto, dió á ella otra saetada en el corazon, que la color y los sentidos le hizo perder, teniéndola desatinada, que no sabia de sí parte; así que, aquellas tan grandes mudanzas no pudieron ser tan encubiertas, mostrando los ojos en su acatamiento lo que los corazones con tan gran aficion deseaban, que al uno y otro no les fuese algo manifestado. Así que, mirándose con amoroso gesto, en mucha mas cantidad aquel nuevo fuego fué crecido y aumentado. Y en tanto que el rey de Dacia hablaba con Leonorina, Norandel, llegando mas á la reina, le dijo: «Ay, Señora, muerto me habeis; en fuerte punto mis ojos vieron vuestra gran hermosura, que enviándola al corazon, es herida de mortal herida.» La reina, que algo mas sosegada estaba, respondió: «Amigo, señor, no tengo yo en tanto mi hermosura, que así tan presto á un tan cuerdo caballero en tan arrebatada pasion pudiese; antes creo que es la manera de hablar que los caballeros teneis con aquellas de que nueyamente habeis conocimiento; porque, no habiendo razon de hablar en otras cosas, con estas semejantes quereis satisfacer vuestras voluntades.—Ay señora, merced, dijo él; yo soy vuestro, y lo seré en cuanto viva, y así como á vuestro caballero y servidor me mandad aquellas cosas que os mas agradaren, que por mí serán hasta el punto de la muerte puestas en ejecucion.»

La reina, que muy cuerda era, bien conoció que aquellas palabras salian de sus entrañas, de que muy mucho alegre fué; y no lo mostrando, dijo: «No quie-

ro otorgar ni contradecir esto que me pedis hasta que vuestras obras me guien á lo que hacer debo.» Norandel dijo: «En eso, Señora, recibo yo muy señalada merced, porque si mis servicios bastaren, viendo tanta fuerza para que vuestra voluntad sea guiada, será guiada mi vida en aquella buenaventura que sostenerla puede.» A este tiempo fueron llamados de parte del Emperador, que queria comer, y la reina se llegó á Leonorina y díjole: «Mi señora, ¿habeis por ventura sentido en vos alguna mudanza mas que lo usado, despues que estos caballeros aquí han venido?—Mi amiga, dijo ella, no otra ninguna sino el gran placer que mi ánimo siente con la vista de Esplandian; mas ¿por qué causa me lo preguntais? Porque, ó yo estoy encantada, ó la muerte es conmigo, que el corazon me fallece y los sentidos.—¿Desde cuándo, dijo la Infanta, sentis este mal?—Desde que llegó á hablarme aquel caballero Norandel, que de su vista se me ha crecido este mal.—Santa María, dijo Leonorina, presa sois y herida de aquella mesma pasion que yo muy cruel y con mucha dulzura en mi corazon siento.—No sé, mi señora, dijo ella, qué será; mas, segun entiendo, vuestro dicho es verdadero.—Mucho soy alegre, dijo Leonorina, en que hayais puesto vuestros ojos y sojuzgado vuestro libre corazon en tal parte, porque dejando de ser hijo de un tan noble y tan grande rey como es su padre, el rey Lisuarte, por su persona es uno de los buenos caballeros del mundo, segun sabeis que mi primo Gastiles lo ha dicho, contándolo por uno de los mas principales y mejores caballeros en las batallas que en la Gran Bretaña hubo; pues en su talle y hermosura, dejando á Esplandian, ¿veis vos, mi amiga, que ninguno de los otros con gran parte se le iguale?—Ay mezquina de mí, dijo la reina, yo, que pensaba haber de vos, mi señora, alguna reprehension y castigo para me quitar de esta locura, habeis encendido mi fuego en mayores y mas vivas llamas.»

La Infanta se comenzó de reir de gran gana y dar una palma con otra, mostrando gran placer, y díjole: «Mi amiga y señora, pues que vos, siendo de mas edad, mas discreta y cuerda que yo, no supistes ni pudistes remediar mi dolencia, ¿qué esperábades de mí, que así como vos, ó por ventura mas, soy atormentada?» Y hablando en esto que ois, llamáronlas que se fuesen á la Emperatriz, que comer queria. El Emperador, despues que hizo desarmar todos aquellos caballeros, se asentó á su mesa, y junto consigo hizo asentar al rey Armato de Persia, y en otra mesa fueron sentados su sobrino Gastiles y Esplandian, y el rey de Dacia y Norandel, y Talanque y Maneli el Mesurado. Y luego en otra, junto con aquella, pusieron al conde Frandalo, y de los otros caballeros cuantos ahí cabian, y al maestro Elisabat, y así fueron asentados todos los otros, donde fueron en aquel comer servidos como en casa de tan alto hombre se requeria. Pues la Emperatriz en su aposentamiento fué á su mesa asentada, y tomó consigo á su hija y á la reina Menoresa y á la infanta Melia, que de su cámara la hizo vestir de ricos paños, por ser del derecho linaje de los grandes reyes de Persia. Y en otra mesa fué sentada Urganda y otras infantas, hijas de reyes y de grandes príncipes, y la doncella Carmela, que de to-

das ellas era muy acatada. Así estuvieron en aquel comer muy viciosas y con grande alegría, oyendo á Urganda las grandes cosas que les contaba. Y desque hubieron comido, Leonorina, por mandado de su madre, llevó á su aposentamiento á Urganda y á la doncella Carmela, y á la infanta Melia detuvo ella consigo en su cámara, porque su grande edad no requeria compañía de mujeres mozas, y los caballeros fueron aposentados en aquel rico aposentamiento donde fué el caballero de la Verde Espada, al tiempo que allí estuvo, como la parte tercera desta historia cuenta, donde tenian consigo á Gastiles y al marqués Saluder, y á otros señores que allí con el Emperador eran.

CAPITULO CXIX.

Cómo Urganda la Desconocida, por mandado del Emperador, declaró la profecía que en la tumba con aquel grande ídolo de Júpiter se habia hallado.

Así como habeis oido, pasaron cuatro dias con mucho vicio y gran placer de sus ánimos, especialmente Esplandian y Norandel, que entre todos ellos vieron y hablaron á su placer con sus señoras, en quien la vida y la muerte tenian, segun lo uno y lo otro en ellas hallasen; otorgándoles la fortuna aquella tan sabrosa y bienaventurada vida, fabricando y urdiendo contra todos ellos otra, que por el presente sentida no era, de tales jaropes amargos, de tantas cuitas y dolores, cual no solamente se creyera poderse obrar, mas ni aun pensar, como la historia lo mostrará adelante. Pues en cabo destes dias que dije, teniendo en su memoria el Emperador aquella profecía que de la tumba donde el ídolo estaba tomó, que siempre le daba su memoria grande alteracion, acordó que, pues en su poder tenia aquella grande sabidora Urganda, que mejor que otro ninguno de los mortales la declaracion della le podría dar de lo poner en ejecucion; y tomando consigo á la Emperatriz en su cámara, y á su hija Leonorina, y á la reina Menoresa y Urganda, cerradas las puertas, sin que persona alguna los pudiese oír, mostró á Urganda la profecía, rogándole muy ahineadamente que se la declarase, y que la verdad della no la dejase de manifestar por ninguna cosa de peligro ni de mal que en ella hallase; y como por Urganda fué leída, dijo: «Señor, segun por esta profecía parece, es que aquel ídolo, que, á semejanza de Júpiter, fué con tan rico aposentamiento hecho, lo dejó de su parte, y no de la doncella Encantadora, y en lo que dice que en el venidero tiempo que su gran saber será perdido, esto significa que despues que Jesucristo vino en el mundo, luego se perdió aquel gran saber de Júpiter, que por dios era tenido; y en esto que dice el siervo de la sierva, que será allí con él sepultado, y en la vida restituído por quien la muerte padece, esto se me hace algo oscuro de declarar, pero yo lo alcanzaré antes que de aquí vaya, y os lo diré.»

Cuando Leonorina y la reina Menoresa aquello oyeron, y sabian que allí fuera ya sepultado Esplandian y metido en su cámara, fueron puestas en muy gran tribulacion y gran vergüenza, tanto, que las carnes les temblaban y la color tenian del todo perdida, y mirábanse una á otra, hinchándoseles los ojos de agua. Pero Urganda, que su gran miedo sentia, no quiso mas